

Zadie Smith

SOBRE LA  
BELLEZA

Traducido del inglés por  
Ana María de la Fuente



Título original: *On Beauty*

Ilustración de la cubierta: basada en la idea original  
de Nathan Burton, Penguin

Copyright © *Zadie Smith*, 2005

Copyright de la edición en castellano © *Ediciones Salamandra*, 2006

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.  
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99  
[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-057-6  
Depósito legal: B-33.193-2012

1ª edición, octubre de 2006  
4ª edición, diciembre de 2012  
*Printed in Spain*

Impreso y encuadernado en:  
RODESA - Pol. Ind. San Miguel. Villatuerta (Navarra)

*para mi querido Laird*



## Contenido

1. Los Kipps y los Belsey.....	13
2. La lección de anatomía .....	145
3. Sobre la belleza y el error.....	297
<i>Nota de la autora</i> .....	475



## Agradecimientos

Mi gratitud a mis primeros lectores, Nick Laird, Jessica Frazier, Tamara Barnett-Herrin, Michal Shavit, David O'Rourke, Yvonne Bailey-Smith y Lee Klein. Su aliento, sus críticas y sus buenos consejos pusieron en marcha este proyecto. Gracias a Harvey e Yvonne por su apoyo, y a mis hermanos pequeños, Doc Brown y Luc Skyz, que me asesoran en todo aquello que desconozco por ser demasiado vieja. Gracias a Jacob Kramer, mi ex estudiante, por sus notas sobre la vida universitaria y las costumbres de la costa este de Estados Unidos. Gracias a India Knight y Elisabeth Merriman por todo el francés. Gracias a Cassandra King y Alex Adamson por ocuparse de todas las cuestiones extraliterarias.

Gracias a Beatrice Monti por otra estancia en Santa Maddelena y por la buena labor a que dio lugar. Gracias a Simon Prosser y Anne Godoff, mis editores inglés y americana, sin los que este libro sería más largo y peor. Gracias a Donna Poppy, la correctora más inteligente que se pueda desear. Gracias a Juliette Mitchell de Penguin, por todo lo que ha trabajado por mí. Sin Georgia Garrett, mi agente, no podría dedicarme a este trabajo. Gracias, George, eres un sol.

Gracias a Simon Schama por su monumental *Los ojos de Rembrandt*, el libro que me ha enseñado a mirar la pintura. Gracias a Elaine Scarry por su espléndido ensayo *Sobre la belleza y cómo ser justos*, del que he extraído el título del libro, el encabezamiento de un capítulo y mucha inspiración. Es evidente, desde la primera línea, que esta novela nace de la admiración hacia E. M. Forster, a

quien, de un modo u otro, toda mi obra de ficción debe algo. Esta vez he querido corresponderle con mi homenaje.

Sobre todo, doy las gracias a mi marido, a quien robo poesía para embellecer mi prosa. Es Nick el que sabe que «el tiempo es cómo inviertes tu amor», y por eso le dedico este libro, lo mismo que mi vida.



## LOS KIPPS Y LOS BELSEY

*Nos negamos a ser el otro.*

H. J. BLACKHAM



# 1

Podemos empezar, sin ir más lejos, por los e-mails de Jerome a su padre.

Para: [HowardBelsey@fas.Wellington.edu](mailto:HowardBelsey@fas.Wellington.edu)

De: [Jeromeabroad@easymail.com](mailto:Jeromeabroad@easymail.com)

Fecha: 5 de noviembre

Asunto:

Hola, papá: pienso seguir con estos mensajes, pese a que no confío en que me contestes, aunque espero que lo hagas, no sé si me explico.

Bueno, el caso es que esto me gusta. Trabajo nada menos que en el despacho de Monty Kipps (¿sabías que es sir Monty?!) en la zona de Green Park. Está también una chica de Cornualles que se llama Emily y es genial. Abajo hay otros tres auxiliares en prácticas, yanquis los tres (juno es de Boston!), por lo que me siento como en casa. Yo soy una especie de auxiliar con funciones de secretario particular, que incluyen organizar comidas, archivar, atender al teléfono y esas cosas. El trabajo de Monty va mucho más allá de la cosa académica: está en la Comisión de Razas y en obras benéficas de la Iglesia en Barbados, Jamaica, Haití, etc. Me tiene muy ocupado. Como éste es un sitio pequeño, trabajo muy cerca de él, y ahora que vivo con su familia

me siento como integrado en algo nuevo. Ah, la familia Kipps. Como no me has contestado, sólo puedo imaginar tu reacción (y no me cuesta nada). La verdad es que en aquel momento era la solución más práctica. Y fueron muy amables al ofrecerse, pues me echaban de la pensión de Marylebone y me quedaba en la calle. Y no es que los Kipps estuvieran obligados a nada, pero me invitaron y acepté, muy agradecido. Llevo una semana viviendo en su casa y aún no han dicho ni media palabra de cobrarme por el alojamiento, para que veas. Ya sé que te gustaría que te dijera que esto es una pesadilla. Pues no. Adoro vivir aquí. Es otro mundo. La casa es... ¡bua!, estilo victoriano primario, una *terrace*, sencilla por fuera pero sólida por dentro, y con una especie de modestia que me atrae: casi todo blanco y un montón de cosas hechas a mano, y colchas, y estanterías de madera oscura, y cornisas, y una escalera de cuatro pisos, y un solo televisor en toda la casa que, además, está en el sótano, únicamente para que Monty pueda estar al corriente de las noticias y ver algunas de las cosas que hace en televisión, y nada más. A veces, esto me parece la imagen al revés de nuestra casa... Está en esta parte del norte de Londres que se llama Kilburn, que suena a bucólico pero, oye, de bucólico nada, excepto nuestra calle. Queda a un paso de la arteria principal pero no se oye nada, y te sientas en el patio a la sombra de este gigantesco árbol —veinticinco metros y todo el tronco recubierto de hiedra— y te pones a leer, y te parece estar dentro de una novela... El otoño aquí es diferente, menos intenso, y las hojas caen antes y, no sé por qué, todo es más melancólico.

La familia también es otra historia —se merecen más espacio y más tiempo del que ahora tengo (te escribo durante la hora del almuerzo)—, pero, en pocas palabras, hay un hijo, Michael, simpático y deportista. Un poco cortito, supongo. Por lo menos, a ti te lo parecería. Se dedica al comercio, aunque no he podido averiguar de qué clase. ¡Y es enorme! Te saca por lo menos cinco centímetros. Todos son grandes y atléticos, tipo caribeño. Mide más de metro

noventa. Luego está Victoria, la hija, muy alta y muy guapa, a la que sólo he visto en foto (está de viaje por Europa con Interrail), pero vuelve el viernes para una temporada, me parece. Carlene, la mujer de Monty, es perfecta. Ella no es de Trinidad sino de una isla pequeña, San Nosequé. No lo oí bien cuando lo dijo la primera vez y ahora ya es tarde para preguntar. Quiere que engorde, así que no para de darme de comer. El resto de la familia habla de deportes, de Dios y de política, y Carlene flota sobre todas las cosas como una especie de ángel. Me ayuda con mis oraciones. Ella sí que reza bien, y da gusto poder rezar sin que alguien de la familia entre en el cuarto y a) se tire un pedo, b) grite, c) se enrolle acerca de la «metafísica espuria» de la oración, d) cante a voz en cuello, o e) se ría.

Así es Carlene Kipps. Di a mamá que además prepara pasteles. Tú sólo díselo y luego vete riendo por lo bajo...

Ahora atiende bien: por la mañana, los miembros de LA FAMILIA KIPPS desayunan TODOS JUNTOS, conversan UNOS CON OTROS y luego suben a un coche TODOS JUNTOS (¿tomas nota?). Ya sé, ya sé, no es fácil hacerse a la idea. Nunca he visto una familia cuyos miembros desearan pasar tanto tiempo juntos.

Espero que, por todo lo que te explico, te des cuenta de que tu enemistad con Monty, o lo que sea, es una completa pérdida de tiempo. Además, te lo has montado todo tú solito: él no se mete en peleas. En realidad no os conocéis, sólo ha habido un montón de debates públicos y cartas estúpidas. Es un despilfarro de energía gratuito. Casi toda la crueldad del mundo es sólo energía fuera de lugar. En fin, tengo que dejarte, ¡el trabajo me llama!

Todo mi cariño para mamá y para Levi, menos cariño para Zora.

Y recuérdalo: te quiero, papá (y también rezo por ti).

¡Bua, el e-mail más largo del mundo!

Jerome XXOXXXX

Para: [HowardBelsey@fas.Wellington.edu](mailto:HowardBelsey@fas.Wellington.edu)

De: [Jeromeabroad@easymail.com](mailto:Jeromeabroad@easymail.com)

Fecha: 14 de noviembre

Asunto: Hola otra vez

Papá:

Gracias por enviarme los detalles de la tesina. ¿Podrías llamar a la Universidad de Brown, a ver si me consigues una prórroga? Ahora empiezo a entender por qué Zora se matriculó en Wellington... menos problemas si no cumples los plazos siendo papá el profesor. ☺ Leí tu ingeniosa pregunta y luego, como un idiota, estuve buscando otro anexo (¿¿¿una carta, por ejemplo???), pero supongo que estarás muy ocupado/furioso, etc., como para escribir. Pues yo no. ¿Cómo va el libro? Mamá decía que te habías encajado. ¿Todavía no has encontrado la manera de demostrar que Rembrandt era malo? ☺

Los Kipps me caen cada día mejor. El martes fuimos todos al teatro (ahora está en casa todo el clan), a ver un grupo de danzas de África del Sur, y a la vuelta, en el metro, nos pusimos a canturrear una tonada del espectáculo y acabamos haciendo un coro en toda regla. Carlene llevaba la voz cantante (tiene unas facultades imponentes) y hasta Monty se nos unió, porque en realidad no es un «neurótico que se odia a sí mismo» como dices tú. No estuvo mal, nosotros cantando y el tren traqueteando en los pasos elevados, y luego venir por las calles mojadas a esta preciosidad de casa y cenar un pollo al curry casero. Pero ya estoy viéndote la cara mientras escribo esto, y vale más que lo deje.

Otra noticia: Monty ha descubierto el gran fallo de los Belsey: la lógica. Está tratando de enseñarme a jugar al ajedrez y hoy ha sido la primera vez en una semana que no me ha ganado en menos de seis jugadas, aunque también me ha ganado, desde luego. Todos los Kipps piensan que soy atolondrado y poético. No sé lo que dirían si supieran que entre los Belsey soy prácticamente un Wittgenstein. Pero me

parece que los divierto, y a Carlene le gusta tenerme en la cocina, donde mi limpieza se considera algo positivo y no una especie de síndrome de retención anal... De todos modos, he de reconocer que por las mañanas me da cierto repelús despertarme en medio de este apacible silencio (aquí la gente SUSURRA en los pasillos, para no despertar a la otra gente) y una parte de mi trasero echa de menos la toalla húmeda y enrollada de Levi, lo mismo que una parte de mi oído se siente vacía sin los gritos de Zora. Dice mamá que Levi ha aumentado sus cubrecabezas a cuatro (bonete, gorra de béisbol y dos capuchas, una de la camiseta y una del chaquetón), más auriculares, de manera que sólo se le ve un trocito de cara alrededor de los ojos. Dale ahí un beso de mi parte, por favor. Y otro beso a mamá, y recuerda que su cumpleaños es ocho días después a partir de mañana. Dale un beso a Zora y dile que lea Mateo 24. Sé lo mucho que disfruta con un poquito de Escrituras todos los días.

Amor y paz en abundancia

Jerome XXXXX

P. D. En respuesta a tu «cortés pregunta», sí, todavía lo soy. (A pesar de tu evidente desdén, me siento estupendamente, gracias.) Veinte años no son tantos hoy en día, y menos si uno ha decidido estar en comunión con Cristo. Es curioso que me lo preguntaras porque precisamente ayer, al pasar por Hyde Park, iba pensando en que tú perdiste la tuya con una persona a la que no habías visto nunca ni volverías a ver. Y no, no sentí la tentación de emularte.

Para: [HowardBelsey@fas.Wellington.edu](mailto:HowardBelsey@fas.Wellington.edu)

De: [Jeromeabroad@easymail.com](mailto:Jeromeabroad@easymail.com)

Fecha: 19 de noviembre

Asunto:

Querido doctor Belsey:

¡Ni idea de cómo te vas a tomar esto! ¡Estamos enamorados! ¡La chica Kipps y yo! ¡Voy a pedirle que se case conmigo, papá! ¡¡Y me parece que dirá que sí!! ¡¡¡Te percatas de los signos de admiración!!! Se llama Victoria, pero todos la llaman Vee. Es asombrosa, preciosa, brillante. Se lo pediré oficialmente esta noche, pero he querido decírtelo antes a ti. Ha sido repentino, como aquello del *Cantar de los Cantares*, y no sabría explicarlo más que diciendo que ha sido una especie de mutua revelación. Ella llegó hace apenas una semana, parece una locura, ¡¡¡¡pero es verdad!!!! En serio, soy feliz. Haz el favor de tomarte dos Valium y de decirle a mamá que me escriba lo antes posible. He agotado la tarjeta de mi teléfono y no me gusta usar el de ellos.

JXX



—¿Qué es esto, Howard? ¿Qué significa exactamente?

Howard Belsey señaló a Kiki Simmonds, su esposa americana, la parte relevante del e-mail que había impreso. Ella puso un codo a cada lado del papel e inclinó la cabeza, como solía hacer para concentrarse en la letra pequeña. Howard se alejó hacia otro punto de la cocina, donde silbaba un hervidor de agua. Sólo esta nota aguda rompió el silencio. Su hija Zora, sentada en un taburete de espaldas a la habitación, con los auriculares puestos, miraba el televisor con gesto reverente. Levi, el menor de los dos chicos, estaba al lado del padre, frente a los armarios. Y entonces padre e hijo iniciaron la coreografía del desayuno en muda armonía, pasándose la caja del cereal, intercambiando utensilios, llenando boles de una jarra de leche de porcelana rosa con borde amarillo... La cocina miraba al este. Por las vidrieras del jardín entraba el sol que, cruzando el arco que dividía la cocina, iluminaba la figura de Kiki leyendo sentada a la mesa del desayuno, con un frutero de cerámica portuguesa granate lleno de manzanas ante sí. A esa hora, el sol iba más allá de la mesa del desayuno, atravesaba el pasillo, entraba en la más pequeña de las dos salas de estar y, pasando entre una estantería llena de libros en rústica y el puf de gamuza, incidía en una otomana en la que *Murdoch*, el perro salchicha de la familia, tumbado estratégicamente, lo recibía.

—¿Esto es de verdad? —preguntó Kiki, pero no obtuvo respuesta.

Levi cortaba fresones, los lavaba y echaba en dos boles de cereal. Era tarea de Howard recoger los rabos y echarlos al cubo de la

basura. Cuando ellos terminaban esta operación, Kiki puso el papel boca abajo en la mesa, apartó las manos de las sienes y rió por lo bajo.

—¿Algo te divierte? —preguntó Howard, acodándose en la barra del desayuno.

En respuesta, la cara de Kiki se trocó en una negra máscara de impasibilidad. Era este aire de esfinge lo que hacía que algunos de sus amigos americanos le atribuyeran una procedencia más exótica que la que tenía. En realidad, descendía de campesinos de Florida.

—Podrías ahorrarte la ironía, cariño —sugirió. Alargó la mano, tomó una manzana y, con un cuchillo de postre de mango translúcido, la cortó en trozos irregulares. Luego la comió lentamente.

Howard se echó el pelo hacia atrás con las dos manos.

—Perdón, como te reías, he pensado que algo te había hecho gracia.

—¿Cómo quieres que reaccione? —replicó Kiki suspirando. Dejó el cuchillo y alargó la mano hacia Levi, que pasaba con su bol. Agarrando al robusto quinceañero por la pretina del pantalón vaquero, lo atrajo fácilmente hacia sí, obligándolo a agacharse casi un palmo para meter la etiqueta de la camiseta de baloncesto dentro del cuello. Luego introdujo los pulgares a cada lado del calzoncillo para hacer otro ajuste, pero él se zafó.

—Hombre, mamá...

—Levi, cariño, súbetelos sólo un poco... Los llevas tan bajos que vas enseñando el culo.

—Así pues, de divertido, nada —concluyó Howard. No le gustaba machacar. A pesar de todo, seguía por este camino, que no era el que había pensado tomar y que conducía en línea recta a un callejón sin salida.

—Ay, Señor, Howard —dijo Kiki volviéndose hacia él—. Esto podemos resolverlo en quince minutos, ¿no? Cuando los chicos se ... —Irguió ligeramente el cuerpo al oír que la cerradura de la puerta de la calle chasqueaba y volvía a chasquear—. Zoor, cariño, ve a abrir, que no puede entrar y hoy me duele la rodilla.

Zora, que estaba comiendo una especie de bolsillo tostado relleno de queso, señaló al televisor.

—Zora, ve ahora, por favor, es Monique, la nueva. No sé por qué, su llave no abre. Si mal no recuerdo, te pedí que encargaras otra llave. No puedo pasarme aquí toda la mañana esperando... Zoor, ¿quieres mover el culo?

—Segundo culo de la mañana —observó Howard—. Muy bonito. Muy civilizado.

Zora se bajó del taburete y cruzó el recibidor hacia la entrada. Kiki miró a su marido con penetrante interrogación, a la que él opuso su gesto más inocente. Ella tomó el e-mail del hijo ausente, levantó las gafas que descansaban en su busto monumental, suspendidas de una cadena, y volvió a ponérselas en la punta de la nariz.

—Hay que reconocer que Jerome no es tonto —murmuró mientras leía—. Cuando ese chico quiere llamar tu atención sabe muy bien cómo conseguirlo —añadió, mirando a Howard de repente y separando las sílabas como un cajero cuenta los billetes—. La hija de Monty Kipps. Zas, pum. Y, claro, te interesas.

—Ésa es tu aportación —dijo él, arrugando la frente.

—Howard, hay un huevo en el fuego. No sé quién lo ha puesto, pero el agua se ha evaporado y huele a rayos. Apaga, por favor.

—¿Ésa es tu aportación?

Howard observó cómo su esposa se servía tranquilamente el cuarto vaso de zumo de clamato y se lo llevaba a los labios; pero, a mitad de camino, se quedó en suspenso y volvió a hablar.

—Por favor, Howie... ¡El chico tiene veinte años! Quiere llamar la atención de papá, y sabe cómo conseguirlo. Empezando por hacer las prácticas con Kipps, cuando podía elegir entre un millón de sitios. ¿Y ahora se casa con la hija? No hace falta ser un Freud. Lo que yo digo es que lo peor que podemos hacer es tomarlo en serio.

—¿Los Kipps? —preguntó Zora con voz potente, apareciendo por el pasillo—. ¿Qué pasa? ¿Jerome se ha ido a vivir con ellos? Es alucinante... es algo así como: Jerome... Monty Kipps —dijo moldeando con las manos dos figuras imaginarias, una a su derecha y otra a su izquierda, y luego repitiendo el ejercicio—: ¡Jerome! ¡Monty Kipps! ¡Viviendo en la misma casa! —Se estremeció con un jocosos escalofrío.

Kiki bebió el zumo y dejó el vaso vacío con un sonoro golpe.

—Basta ya de Monty Kipps, por Dios. Hablo en serio, no quiero volver a oír ese nombre en toda la mañana. —Miró el reloj—. ¿A qué hora tienes la primera clase? ¿Qué haces aquí todavía, Zoor? ¿Se puede saber? ¿Qué-haces-aquí? Oh, buenos días, Monique —dijo con repentino tono formal, exento de su cadencia de Florida. Monique cerró la puerta de la calle y se dirigió a la cocina. Kiki la miró con una sonrisa torturada—. Hoy nos hemos retrasado todos y andamos un poco apurados. ¿Qué tal, Monique, todo bien?

Monique, la nueva asistente, era una haitiana rechoncha, de la edad de Kiki y un tono de piel más oscuro todavía. Era su segundo día. Llevaba una cazadora de la Marina con el cuello de piel subido y tenía un aire entre compungido y aprensivo, como si ya pidiera perdón por un estropicio que aún no había perpetrado. Nada de esto habría resultado tan patético a los ojos de Kiki ni la habría violentado tanto, de no ser por la peluca, una melena sintética color naranja que pedía a gritos la sustitución y que ese día le había quedado muy atrás, dejando al descubierto los hilitos que la sujetaban al escaso pelo de su dueña.

—¿Empiezo por aquí? —preguntó Monique con timidez. Se llevó la mano a la cremallera, pero no la abrió.

—Casi mejor que empieces por el estudio, Monique, mi estudio —respondió Kiki rápidamente, cubriendo con la voz lo que Howard empezaba a decir—. ¿De acuerdo? No toques los papeles, por favor, si acaso apílalos.

Monique se quedó donde estaba, sujetando el tirador de la cremallera. Kiki seguía incómoda, nerviosa por lo que pudiera pensar esa negra de otra negra que le pagaba por hacer la limpieza.

—Zora te enseñará... Zora, enseña a Monique, por favor, vamos, enséñale dónde es.

Zora empezó a subir peldaños de tres en tres y Monique la siguió cansinamente. Howard salió de entre bastidores al proscenio de su matrimonio.

—Si tal cosa sucediera —dijo con voz neutra, mientras bebía su café—, Monty Kipps sería nuestro consuegro. No el consuegro de otro, sino el nuestro.

—Howard —dijo Kiki controlando el tono a su vez—, por favor, nada de números. No estamos en escena. Acabo de decir que no quiero hablar de eso ahora. Ya me has oído.

Él hizo una pequeña reverencia.

—Levi necesita dinero para un taxi. Si quieres preocuparte por algo, preocúpate por eso y no por los Kipps.

—¿Los Kipps? —exclamó Levi desde otra habitación—. ¿Qué Kipps? ¿De dónde?

Levi hablaba con un falso acento de Brooklyn, ajeno a Howard y Kiki, que había llegado a su boca hacía tres años, cuando cumplió los doce. Jerome y Zora habían nacido en Inglaterra y Levi en Estados Unidos. A Howard los respectivos acentos americanos de sus hijos le parecían, en cierto modo, artificiales: no eran producto de su casa, no los habían asimilado de la madre. Pero ninguno tan inexplicable como el de Levi. ¿Brooklyn? Los Belsey residían a más de trescientos kilómetros al norte de Brooklyn. Esa mañana, Howard sintió la tentación de hacer un comentario al respecto (su mujer le había advertido que se abstuviera de hacer comentarios al respecto), pero entonces apareció Levi por la puerta del pasillo y desarmó a su padre al dedicarle una amplia sonrisa antes de dar un mordisco al bollo que llevaba en la mano.

—Levi —dijo Kiki—, presta atención, cielo. ¿Tú sabes quién soy? ¿Tú te enteras de algo de lo que ocurre en esta casa? ¿Te acuerdas de Jerome, tu hermano? ¿Que no está aquí? ¿Jerome, que cruzó el gran mar para ir a un lugar llamado Inglaterra?

Levi sostenía con la otra mano unas zapatillas y las agitó en dirección al sarcasmo de su madre. A continuación arrugó la frente y se sentó para calzárselas.

—¿Sí? ¿Y qué? ¿Tengo que saber quiénes son los Kipps? Yo no sé nada de los Kipps.

—Jerome, vete al colegio.

—¿Así que ahora también soy Jerome?

—Levi, ¡vete al colegio!

—Hombre, ¿por qué te pones así? Yo sólo preguntaba y tú te has puesto... —Hizo un ademán vago que no daba idea de la palabra no pronunciada.

—Monty Kipps es el hombre para el que tu hermano trabaja en Inglaterra —explicó Kiki con resignación.

Howard observó con interés cómo Levi había obtenido esta concesión mediante el sistema de responder con candor a la cáustica ironía de Kiki.

—¿Lo ves? —dijo Levi como si sólo gracias a sus esfuerzos hubiera triunfado el sentido común—. ¿Tanto ha costado?

—¿Carta de Kipps? —preguntó Zora, que acababa de bajar la escalera, mirando por encima del hombro de su madre. En esa pose, la hija inclinada sobre la madre, recordaron a Howard dos de las rollizas aguadoras de Picasso—. Papá, esta vez tienes que dejar que te ayude con la respuesta. Lo destrozaremos. ¿Adónde la ha mandado? ¿A *Republic*?

—No; nada de eso. Es de Jerome. Que se casa —dijo Howard, dejando que se le abriera el albornoz—. Con la hija de Kipps. Por lo visto, es algo divertido. A tu madre le parece hilarante.

—No, cielo —dijo Kiki—. Creí que estábamos de acuerdo en que no me parece hilarante. Yo diría que aún no sabemos lo que ocurre: es un e-mail de siete líneas. No tenemos ni idea de qué significa, y no voy a sulfurarme por algo...

—¿Es en serio?! —interrumpió Zora. Arrancó el papel de las manos de su madre y se lo acercó a sus ojos miopes—. Es una jodida broma, ¿no?

Howard apoyó la frente en el grueso cristal de la ventana y notó cómo el vapor le empapaba las cejas. Fuera, seguía cayendo la democrática nieve de la costa este, igualando las sillas del jardín a las mesas, las plantas, los buzones y los postes de la cerca. Exhaló una nube en forma de hongo y la limpió con la manga.

—Zora, tienes que ir a clase, ¿de acuerdo? Y no uses ese lenguaje en mi casa... ¡Eh! ¡Eh! ¡Basta! ¡No! —dijo Kiki ahogando con su voz cada palabra que Zora trataba de pronunciar—. ¿De acuerdo? Acompaña a Levi a la parada de taxis. Hoy no puedo llevarlo. Podrías preguntar a tu padre si lo llevará él, pero no da esa impresión. Yo llamaré a Jerome.

—No necesito que nadie me lleve —dijo Levi, y en ese momento Howard se fijó en su hijo menor y en la novedad: Levi llevaba en la cabeza una fina media negra, anudada en la nuca, que, sin

que él lo supiera, le formaba una protuberancia, una especie de pezón, encima del cráneo.

—No puedes llamarle —dijo Howard a media voz, iniciando una retirada estratégica hacia el otro lado de la monumental nevera, fuera de la vista de la familia—. Ha agotado el crédito de su teléfono.

—¿Qué has dicho? —repuso Kiki—. ¿Qué dices? No te oigo. —De repente, apareció detrás de él—. ¿Dónde está el número de los Kipps? —inquirió, aunque los dos conocían la respuesta.

Él no dijo nada.

—Ah, sí, ya sé —dijo ella—. Está en la agenda, la agenda que se quedó en Michigan después de la famosa conferencia, durante la cual tenías en la cabeza cosas más importantes que tu esposa y tu familia.

—¿Podríamos no hablar de eso ahora? —pidió Howard. Cuando eres culpable, lo máximo que puedes solicitar es un aplazamiento del juicio.

—Como quieras, Howard. Como quieras. De todos modos, yo seré quien tenga que ocuparse de eso, de las consecuencias de tus actos, como siempre, así que...

Él golpeó la nevera con el puño.

—No hagas eso, Howard, por favor. Se ha abierto la puerta. Está... Las cosas se van a descongelar, empújala, empújala bien hasta que... De acuerdo, es lamentable. Suponiendo que haya ocurrido realmente, pero no lo sabemos. Tendremos que ir paso a paso hasta que sepamos qué demonios ocurre. De manera que vamos a dejarlo y, qué sé yo... hablarlo cuando..., en fin, cuando Jerome esté aquí y podamos hablar con conocimiento de causa, ¿de acuerdo? ¿De acuerdo?

—Parad ya de discutir —se quejó Levi desde el otro extremo de la cocina, y lo repitió en voz más alta.

—Cariño, no discutimos —dijo su madre, y dobló el cuerpo por las caderas, inclinó la cabeza y se quitó su turbante color fuego.

Llevaba el cabello recogido en dos gruesas trenzas, como los cuernos de un carnero, que, estiradas, le llegaban por debajo de la cintura. Sin mirar, se ajustó la tela a la nuca, echó la cabeza atrás y la envolvió con dos vueltas de la tela, atándola más prieta. El con-

junto había subido un par de centímetros. Con esta imagen, recompuesta y más autoritaria, se apoyó en la mesa de cara a sus hijos.

—Está bien, se acabó la función. Zoor, tiene que haber unos dólares en el bote que hay al lado del cactus. Dáselos a Levi. Si no hay nada, préstaselos y yo te los pagaré. Este mes voy un poco justa. Venga, id a aprender. Lo que sea. Cualquiera cosa.

Minutos después, cuando la puerta se cerró tras sus hijos, Kiki miró a su marido con una cara que era toda una tesis, de la que sólo él conocía cada línea y referencia. Howard sonrió para distender el ambiente. A cambio no recibió nada en absoluto. Dejó de sonreír. Si había pelea, ni el más estúpido apostaría por él. Kiki —a la que un día, hacía veintiocho años, Howard se había cargado a la espalda como si fuera una fina alfombra sobre la que fuera a tenderse por primera vez en su primera casa— pesaba ahora sus buenos ciento veinte kilos y parecía veinte años más joven que él. Su cutis poseía la proverbial tersura étnica, acentuada por el aumento de peso. A sus cincuenta y dos años, su cara era de muchacha. Una muchacha hermosa y recia.

Cruzó la habitación y, al pasar junto a Howard, lo rozó de refilón con tal ímpetu que lo proyectó a una mecedora adyacente. De nuevo frente a la mesa de la cocina, empezó a meter rápidamente en un bolso cosas que no necesitaba llevarse al trabajo. Hablaba sin mirarlo.

—¿Sabes qué es lo más curioso? Que alguien pueda ser profesor de una cosa y ser intensamente estúpido en todas las demás. Consulta el ABC de cómo ser padres, Howie, y verás que si sigues por ahí conseguirás que pase lo contrario, exactamente lo contrario, de lo que tú quieres que pase. Exactamente lo contrario.

—Es que siempre pasa lo contrario de lo que yo quiero que pase —dijo él meciéndose.

Su mujer interrumpió lo que estaba haciendo.

—Justo. Porque tú nunca consigues lo que quieres. Tu vida es una orgía de frustraciones.

Alusión a un conflicto reciente. Invitación a dar patadas a una puerta de la mansión de su matrimonio, que conducía a la antesala del desengaño. Invitación declinada. Kiki acometió la cotidiana peripecia de situar la pequeña mochila en medio de su vasta espalda.



Howard se levantó y se ciñó el albornoz decentemente.

—¿Tenemos por lo menos su dirección? ¿Las señas de su casa?

Kiki se oprimió las sienes como una adivina de feria. Habló despacio. A pesar de que la pose era sarcástica, ella tenía los ojos húmedos.

—Deseo comprender qué crees tú que te hemos hecho nosotros. Tu familia. ¿Qué hemos hecho? ¿Te hemos privado de algo?

Howard suspiró y miró hacia otro lado.

—De todos modos, el martes doy una conferencia en Cambridge. Puedo adelantar el viaje a Londres un día, aunque sólo sea...

Kiki dio una palmada en la mesa.

—¡Ay, Dios! No estamos en mil novecientos diez. Jerome puede casarse con quien le dé la gana, ¿o tenemos que darle tarjetas de visita y decirle que sólo trate a las hijas de aquellos profesores que por casualidad a ti te...?

—¿No podría estar la dirección en la agenda de piel verde?

Ahora ella parpadeó sorbiéndose las lágrimas.

—No sé dónde podría estar la dirección —respondió, imitando el acento de su marido—. Búscala tú. Quizá esté sepultada debajo de toda la mierda que hay en tu condenada madriguera.

—Muchas gracias —dijo Howard, e inició el viaje de vuelta a su estudio, escaleras arriba.